

MENENDEZ Y PELAYO Y EL AMERICANISMO

MENENDEZ y Pelayo se acusa ahora ante las multitudes de la cultura, aunque ya lo fuese antes para sus discípulos y para sus devotos, como el maestro cuya mente todo lo previno, todo lo marcó y todo lo instituyó dentro del marco de las ciencias del espíritu. No es ocioso, siquiera sea con la rapidez de unas notas, el hacer hincapié sobre el modo cómo concibió la posición del Americanismo dentro de la generalidad de los estudios científico-histórico-literarios españoles. Menéndez y Pelayo, al concebir la ciencia española como un todo, orgánico y homogéneo, que avanza por la Historia, incluye en ella lo producido en América, en la extensión de nuestro vasto imperio cultural, y lo que a ella se refiere. Lo abarca, no por mero afán de sabio compilador, sino porque tiene un concepto integral y total —exacto—, de la ciencia española.

Desarrolla Menéndez y Pelayo su concepto de la ciencia española con una tónica marcada de unidad, que juzga indispensable para la grandeza de las cosas y de las naciones. De esa unidad que definió como *«la idea que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español»*. (*Ciencia Española*, tomo I, pág. 191, 3ª edición.) Unidad que da el vigor y la energía para el Imperio, único destino de nuestra Patria, que —según el mismo don Marcelino—, parecía la mejor destinada, entre todas las naciones romances, a hacer real aquello de *«Tu regere imperio populos, Romane, memento!»* [*Historia de la Literatura Hispano-Americana. Advertencias generales.*]

El Americanismo

Y entremos en el campo del Americanismo. La palabra «americanismo» ha alcanzado en este siglo un valor y un desarrollo determinado y preciso. Contra un «enemigo tan bien dotado como éste, que cuenta por millares los libros en su bibliografía, don Marcelino arremete valientemente y se adentra por sus terrenos con ese aire de humilde señorío que hizo tener a toda su obra. Penetró en el Americanismo a sabiendas, no de una manera ocasional e involuntaria, sino consciente de su labor y de su empresa, que llevó a cabo con la maestría plena habitual en él. Sabe muy bien lo que significa su tarea y lo que el Americanismo trae consigo de complicaciones, cuando dice que en España *«el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad»*. [Prólogo a la *Historia de la Literatura Hispano-Americana*.]

Dentro del Americanismo no fué don Marcelino un mero deleitante que probara aquí y allá, sino que profundizó a fondo en cada tema y problema, dando sentada opinión y juicio exacto, con autoridad y conocimiento. No por lecturas de «segunda mano», con un criterio que pudiéramos llamar prestado, sino respondiendo a su propio discernimiento y estudio. Hasta tal punto llegó Menéndez y Pelayo a saber de estas materias —que no han sido precisamente la base de su fama como polígrafo—, que bastaría a cualquiera poner atención en lo que de ellas va diciendo el sabio para iniciarse en sus complicados temas.

Aunque —como hemos dicho— la fama de sabio y autoridad en «omni re scibile» no la lograra don Marcelino por sus estudios especiales sobre América, él procuró muy bien que no figurara laguna de ningún género en su casi universal sabiduría, y así nos lo revela el fichero de su Biblioteca, en la que figura una escogida colección de obras relativas al Nuevo Continente, y en la que sólo el apartado 3º, dedicado a «Historia de América», consta de más de 500 títulos, con ediciones raras y *princeps*.

Orden de estudio

La complejidad de los temas y de los problemas del Americanismo y la diversidad de lugares en que don Marcelino trató los asuntos americanísticos, hacen obligatorio un orden minucioso de estudio para poder sacar el debido provecho de lo que don Marcelino elaboró para el engrandecimiento de nuestra ciencia en estos áridos terrenos y para que nos sirva en el futuro como guión certero e índice exacto de la obra de Menéndez y Pelayo en Americanismo y como ensayo de exégesis de lo que en este sentido hizo nuestro sabio montañés.

Para que en este orden de estudios sea más fácil la comprensión, conviene saber que don Marcelino penetró, —estudiándolas exteriormente como ciencia española o en su entraña misma, como tales asuntos americanos—, temas de Historia, de Literatura, Filología, Historia Natural, Ciencias, Medicina, Arte y Ciencias aplicadas, orientando al lector español —y al estudioso de su época y de ahora— en los temas no vulgarizados de la Clasificación de las lenguas americanas, del origen del hombre americano, de la cronología primitiva indiana, de la Historia colonial de América, que yace aún escondida en los Archivos de Indias de Simancas y de la Academia de la Historia, de la producción literaria española del Nuevo Mundo y de la Bibliografía americana y sus rarezas.

a) **La Bibliografía:** Cuando unos cuantos hombres de letras —de cuño antiespañol— abominaban a fines de siglo de nuestra cultura porque la negaban, y hablaban en tono grandilocuente de las últimas novedades científicas extranjeras, leídas en algún manualito traducido, olvidándose de producir ellos mismos y siendo su estéril presencia la prueba mayor —por contraste— de la existencia de una verdadera ciencia española, que desconocían, sólo una voz se alzó en la controversia, con autoridad y con aplomo, refutando con tono de profunda autoridad a los impíos de España y construyendo a su vez ciencia, que fué a modo de islote coralino que se formara de su propia savia y desde el cual —en el mar de la creciente incultura— se pudiera arrojar un cable que uniera la naciente nueva

ciencia con la vieja y de solera: esto voz fué la de Menéndez y Pelayo.

La bibliografía, quintaesencia de los que se dedican a clasificar lo que el humano entendimiento ha producido y cuyo patrimonio se irrogaban hasta hoy los representantes de una *cultura a la moderna*, es trabajada en España por vez primera por Menéndez y Pelayo, que antes de avanzar en la polémica de la *Ciencia Española*, construye el más completo aparato bibliográfico americanista con que ha contado hasta época reciente el estudioso español. Escribe su famoso «De re Bibliográfica», en que por vez primera se catalogan científicamente las cosas de América. Las clasificó con acierto y con conocimiento (1). Ninguno de sus contemporáneos pudo —y hoy son pocos todavía los que incinan su afán de estudio en dirección al Nuevo Mundo—, incluso los especialistas, añadir ni un sólo título a su aparato bibliográfico, pese a que —según él mismo indica— su índice no tenía un carácter exhaustivo. Llegó incluso a citar obras manuscritas e inéditas, desconocidas. Dificiles de hallar en nuestros días.

b) **Las ciencias de América:** Fué Menéndez y Pelayo el más grande historiador que ha poseído España en los últimos cien años, de entre los que ya no viven. Pese a que nunca reunió su obra histórica en un cuerpo homogéneo —como recientemente lo ha hecho *Acción Española*—, quizá porque creyó de más urgencia el acudir a llenar los claros que figuraban en las filas de la ciencia hispana, que él colmó con sus espléndidas obras monográficas. Por esta calidad suya de historiador conoce perfectamente, y al detalle, todo lo que se relaciona con la historia americana, desde su comienzo hasta su final de ruptura violenta con la Metrópoli. Lo estudia, demostrándonos su enorme saber, de un modo fragmentario, hablando con extensión cuando el accidente del tema que trata roza América.

De la época del Descubrimiento posee datos curiosísimos y cita

(1) «De re Bibliográfica». *Ciencia Española*. Tercera edición, pág. 70.

la carta que Diego Alvarez Chanca escribe a la ciudad de Sevilla, con el relato de sus aventuras como compañero del Almirante. De la población primitiva de América conoce todo lo que se puede decir, sabe que existe un problema, que es curioso lo que se ha dicho sobre ella y hace notar al estudioso que se preocupe del tema, que el Padre Feijóo, en el tomo V de su *Teatro Crítico*, se ocupa de ella.

Conoce asimismo los estudios e historia de cada una de las partes de nuestro Imperio. Por lo que se refiere a la Nueva España —Méjico— da noticia completa de las obras de Nicolás León, García Icazbalceta y otros, dejando entrever en las citas el enorme caudal de conocimientos que posee de la historia de la colonia. La obra de Sahagún, traducida por Remí Simeón, no tiene secretos para él.

Lo que toca a la historia del Río de la Plata y Chile es sabido con justeza por el coloso montañés. Para indicarnos su enorme preparación basta el ejemplo de la cita de la obra del Padre Lozano (*Historia de la conquista de la provincia del Río de la Plata, Paraguay y Tucumán*), que disputa como importantísima, y que hoy día es en la Argentina, entre los sabios modernos, como Aparicio y Márquez Miranda, el fundamento de los más recientes estudios sobre la etnografía primitiva (1).

Su criterio selector y crítico se acusa al referirse a las zonas que baña el Orinoco, de las que cita como autoridad indiscutible al P. Gumilla, que es hoy la base de los más modernos estudios sobre los indios taparitas y otomacos. En lo que se refiere a la época de la Independencia, demuestra tener una profundidad de sabiduría que sólo alcanzan los que se dedican de un modo especial a su estudio. Hasta en estos teatros históricos, tan alejados de su habitual estudio, demuestra una preparación singular. Y nos asombra leer —hoy que ya se han descubierto gran número de secretos de la secesión americana— en la obra de Menéndez y Pelayo inconcebibles noticias de las relaciones políticas de Nariño y la vida y milagros

(1) *Ciencia Española*. Tercera edición, tomo II, pág. 402.

de un revolucionario de tercera fila como Eugenio de Santa Cruz, nada menos que en el tomo III [2] de las *Ideas estéticas!*

En el campo de la Jurisprudencia no fueron desconocidos ni olvidados de don Marcelino los autores y glosadores de las Leyes que rigieron nuestras posesiones de Ultramar. No son en la obra del polígrafo montañés meros títulos y nombres en su bibliografía, sino obras consultadas que dejaron su huella en su cerebro prodigioso, y así, León Pinelo y Solórzano Pereyra no son letra muerta en su obra, sino producto de granado estudio, que llega a lo más recóndito y perdido, como la cita que hace de una obra de Vázquez de Altamirano, inédita.

En el dominio de las lenguas aborígenes americanas, que fueron estudiadas cuidadosamente por los misioneros, que escribieron Artes y Gramáticas para facilitar su conocimiento, demuestra don Marcelino singular clarividencia. Hoy, cuando todos los estudiosos extranjeros de la Filología americana han de aprender previamente el español para poder penetrar en lo que nuestros gloriosos hombres de hábito talar hicieron, conforta la presencia en nuestras filas de Menéndez y Pelayo. El *snob* de lo extranjero hizo olvidar que en casa teníamos la fuente, y muchos creyeron que sólo fuera de España se podía hallar ciencia relativa a las cosas de América. Para desmentir este error está la obra de don Marcelino, que en su tratado de «De re bibliográfica» reúne y clasifica la labor callada y paciente de los religiosos y hombres de España que durante tres siglos trabajaron sobre las lenguas de América.

Y todo ello con modestia inmarcesible. De un tema del que dice que su «incompetencia» es absoluta, propone una clasificación lingüística, *a priori* desde luego, que es la única que los más modernos filólogos han establecido como resultado de una compulsación metódica del estudio comparado de las variadísimas lenguas y dialectos del Nuevo Mundo. El estudio y clasificación de la lingüística americana y de las obras a ella referentes, no lo hace Menéndez y Pelayo por mero prurito de estudioso exhaustivo, sino consciente del fin que se proponía, como español, y de lo que significaba en orden

a la ciencia española, apreciando —cuando nadie pensaba en ello— su enorme valor imperial.

Así, cuando Azcárate afirma la no existencia de la ciencia española en el siglo XVIII, don Marcelino le sabe argüir con la obra del jesuita Hervás y Panduro, fundador de la Filología Comparada (1), a base de la labor de los religiosos españoles que se congregaron en Roma, procedentes del entonces todavía en pie, extenso dominio imperial de España.

Tiene Menéndez y Pelayo plena conciencia de que al hablar de la labor de los misioneros hablaba del Imperio de España y que todo ello era algo más serio que un conjunto erudito de datos, cuando asevera, al referirse a la expansión lingüística de España y a la labor filológica de los misioneros, que *fué privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna...* (Advertencias Generales a la *Historia de la Literatura Hispano-Americana.*)

Si algo puede haber que esté alejado del natural estudio de don Marcelino es la Historia Natural, y más aún si ésta se refiere a América, más distante aún de su círculo habitual de lecturas. Y a pesar de ello, conoce todo lo que hasta su fecha se había producido en orden a las ciencias naturales, no de un modo nominal, sabiendo los títulos de las obras al modo del bibliófilo que a él tanto le horroriza, sino por lectura del contenido de cada obra —aún maravilla el prodigio de su mente—, como lo demuestra cumplidamente en su polémica de la *Ciencia Española*, en que refuta a los «snobistas» que niegan la existencia de la ciencia de España, personal y propia, con argumentos que son la savia de mil lecturas. A lo largo de su obra podemos ver el resultado de su continuo batallar científico.

Como ejemplos podemos tomar algunos datos verdaderamente asombrosos. Cita obras inéditas como la de Martín Sessé, autor de una *Flora Mexicana* con más de 1.400 dibujos, y la de Pedro Montenegro, sobre *Plantas y Arboles del Paraguay*. Conoce rincones ignorados, que

(1) *Ciencia Española*. Tercera edición, I, pág. 251.

nos demuestran lo maduro de su estudio, como la cita que hace del Museo de productos naturales de América reunido en Sevilla por el médico Nicolás Monardes (1), de los párrafos que el P. José Eusebio Nieremberg dedica a América en su *Historia Natural* (1635) (2); las descripciones de plantas americanas que Diego Alvarez Chanca hace en 1493 en su citada carta a la ciudad de Sevilla, o la observación que hace de que se note que el libro XI de la *Historia de las cosas de la Nueva España*, de Fray Bernardino de Sahagún, está dedicado a la Historia Natural, Aves y Plantas.

Su saber de lo producido por los sabios españoles en Historia Natural en América es completo, y no ignora, como es natural en él, la existencia de las obras de José de Acosta, Fernández de Oviedo y otros, ni de sabios como el neogranadino Caldas. Por éste su conocimiento alaba el *Examen crítico de la Historia de la Geografía del Nuevo Continente* del alemán Humboldt, como *el comienzo de nuestra rehabilitación científica*. (3).

De todas las ciencias que los españoles e hispanoamericanos cultivaron en América, fué sin duda la Astronomía la que atrajo más la afición de los sabios, y ello por dos razones bien claras: porque sólo a los españoles era dado el informar al resto del mundo de los fenómenos del espacio sideral observados desde el continente americano, especialmente en el hemisferio austral, y por lo alucinantemente atractivo que es el problema de la cronología indígena, que enlaza poéticamente su propia historia y su mitología con el curso de los astros y los fenómenos celestes, como en las tradiciones del Quetzateatl mejicano, identificarlo con el curso del planeta Venus. Es preciso, para desentrañar el secreto de la antigüedad de la historia americana, el comprobar astronómicamente muchos datos y compulsar las fuentes primitivas de las tradiciones indígenas. Menéndez y Pelayo penetra en el antro que aún hoy está reservado a los ini-

(1) *Ciencia Española*. Tercera edición, tomo II, pág. 387.

(2) *Ciencia Española*. Tercera edición, pág. 389.

(3) *Espicador y decadencia de la cultura científica española*. «Revista Crítica». Madrid.

ciados, y conoce las obras de José Antonio Alzate, la *Ciclografía Mexicana* de don Carlos de Sigüenza y Góngora y las obras de éste refutando al padre Kühnn, que en América fué conocido como el Padre Kino.

Sabe también de lo que la ciencia española o de americanos españoles produjo en Medicina y conoce las obras de Francisco Hernández, que escribió su *Rerum Medicarum Novae Hispaniae* por orden de Felipe II, y las de Nicolás Mornades.

Conoce también que la Minería, científicamente estudiada, preocupó notablemente a los españoles, que fueron de los primeros y más antiguos inventores de sistemas para beneficiar diversos metales. Ya Acosta, en su *Historia Natural*, hace referencia a algunos por completo nuevos en su época.

Menéndez y Pelayo les da la debida atención y no faltan en sus listas y en su estudio ni uno solo de los que contribuyeron a la Ciencia Española con trabajos sobre las minas. Así, cita los *Informes* del naturalista José Celestino Mutis, las *Noticias del mineraje en Indias* de Fernando Contreras y muchos otros más.

La Literatura

Hispano - Americana

Cabe a don Marcelino la primicia de algo que hoy nos parece a todos corriente moneda: él es el primero que da carta de naturaleza entre sus compañeros metropolitanos a todos los que escribieron en América.

La Literatura hispana de América no había figurado nunca al lado de la española peninsular, de la Metrópoli, formando un cuerpo coherente y personalizado, hasta que Menéndez y Pelayo, por encargo de la Real Academia, escribe su *Historia de la Literatura Hispano-Americana*. Maravilla lo perfecto de la obra. Es imposible intentar siquiera el análisis del centón ingente de conocimientos y de lecturas que revela esta *Historia Literaria*, que hace muchas veces que

creamos que el autor de las *Ideas Estéticas* es un especialista en materias americanas, dedicado exclusivamente a ellas. No fué —sin embargo— su preparación ocasional, o producida por la coyuntura del encargo de la Academia, sino el resultado de un método de estudio que yace presente en la obra toda de don Marcelino: no olvidar a América.

El cúmulo enorme de datos rebasa los límites exigidos para un estudio crítico de la preocupación americanista del sabio español. En cualquier ocasión se manifiesta la exuberancia con fuerza; por ello, escojamos cuatro ejemplos significativos, de diversos puntos de sus obras, y saquemos de ellos la enseñanza ejemplar:

En veinte líneas de sus *Advertencias Generales* a la *Historia de la Literatura Hispano-Americana*, dice todo lo que puede conocerse de la literatura primitiva indígena, haciendo previa advertencia de que no se va a ocupar de aquellas materias... ¿Qué hubiera dicho de ellas en caso contrario?

En un rincón de su *Inventario Bibliográfico*, entre noticias y más noticias, de primera mano casi todas, aparece la cita de una obra de Lope traducida al idioma azteca primitivo, al nahuatl (1).

El gran centón bibliográfico americano —Beristáin y Souza—, que sirve como artículo de fe a tantos estudiosos especialistas y que debiera haber sido admitida como tal por un «advenedizo», como él mismo se titulaba, no ofrece plena seguridad a Menéndez y Pelayo, que compulsa sus datos y rectifica gran número de ellos, colocando como centroamericanos a muchos de los autores que Beristáin da como mejicanos.

Y —finalmente— en el tomo III (2ª parte) de las *Ideas Estéticas*, incidentalmente, hace referencia a la polémica surgida entre don Eugenio de Santa Cruz, autor del *Nuevo Luciano de Quito*, y don Moisés Blancardo, sobre temas críticos. Pero al hacer la referencia no se conforma —como hubiera hecho cualquiera menos versado— con la simple referencia. Narra y relata hechos, cita ediciones y da noticias,

(1) V. M. Ballesteros: *Lope en América*. «Revista de Estudios Hispánicos». Madrid, 1935.

todo sobre una polémica cuyos términos no fueron nunca impresos, sino que corrieron manuscritos de mano en mano.

Conclusión

Menéndez y Pelayo tuvo en toda su obra la conciencia cierta de la importancia de América y de lo que el Nuevo Continente significaba dentro de la expansión cultural —imperial— de la ciencia española. No hizo un ente aparte de lo que a América se refería, como no lo hizo con la historia misma de España que tan hondo caló en todo su estudio, porque más urgentes misiones científicas le reclamaron, pero marcó el camino con claridad.

El sabio dió la categoría debida a la apreciación del Imperio, que él afirmó como cierto en toda su obra, de un modo consciente y sabiendo que hablaba de algo tangible, que vivía y palpitaba.

MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

ACLARACION

UN trabajo publicado con mi firma en el número 14, de esta publicación, con el título "Ensayo sobre una pedagogía nacionalsindicalista", ha dado lugar a ciertas dudas e interpretaciones, la mayor parte de ellas bien alejadas de mi modo de sentir católico y del espíritu que me llevó al escribir el mencionado ensayo.

Quiero hacer constar, en primer término, que la palabra "Ensayo" del encabezamiento no deja lugar a dudas en su significado, por cuanto se refiere a un escrito que, por su breve extensión, no pasa de ser un mero bosquejo y nunca un tratado completo sobre la materia.

Por otra parte, me interesa afirmar, para salir al paso, no precisamente de los que con todos mis respetos y admiración, han creído ver en mi escrito una posible desviación de mis creencias católicas, sino de los excesivamente maliciosos que no quieren comprender mis palabras.

Por el contexto se pueden apreciar ciertas deficiencias, debidas a la falta de corrección de pruebas. Por ejemplo, la repetida errata de "primal" en vez de "primaria", que pudiera tomarse como abreviatura de esta palabra, es inadecuada; basta ver el Diccionario de la Lengua para comprender que el significado de aquella nada tiene que ver con la enseñanza.

Otra errata que oscurece el concepto vertido en mi artículo, en el tercer párrafo de su primera página, me hace decir que la familia no vive sino del Estado, ni tiene más razón de ser que servirle; cuando en realidad debiera decir: "...que la familia es el todo sin el Estado. La familia, célula primaria de aquél, vive por sí, pero única y exclusivamente se perfecciona por medio de la comunidad de todas las células, es decir, del propio Estado. Y ello es así, por cuanto su destino y orientación en la vida es la de servirla".

En último término, quiero hacer constar que en dicho ensayo trataba de enfrentarme muy especialmente con la parte política de la enseñanza, sin rozar lo más mínimo a todo aquello que pudiera afectar el profundo sentimiento católico, plasmado en uno de nuestros veintiséis puntos fundamentales y a las más puras esencias de la doctrina falangista.

¡Arriba España!

G. GAVILANES

Administrador Nacional de Educación,
y Consejero Nacional del S. E. U.